GAWDAT GABRA (ed.) (2014). *Coptic Civilization: Two Thousand Years of Christianity in Egypt.* El Cairo: The American University in Cairo Press, 338 págs.

MASSIMO CAPUANI, OTTO F. A. MEINARDUS y MARIE-HÉLÈNE RUTSCHOWSCAYA (2002). *Christian Egypt: Coptic Art and Monuments Through Two Millennia* [Introducción de Gawdat Gabra]. El Cairo: The American University in Cairo Press, 272 págs.

Dos obras de aparición relativamente reciente recogen la realidad de la Iglesia copta de Egipto en toda su pluralidad y se la acercan tanto al lector meramente curioso como al especializado. Ambas han sido editadas e introducidas por el reconocido coptólogo egipcio Gawdat Gabra, profesor en la Claremont Graduate University y coeditor de la *Claremont Coptic Encyclopedia.* Se trata de *Coptic Civilization: Two Thousand Years of Christianity in Egypt* (2014) y *Christian Egypt: Coptic Art and Monuments Through Two Millennia* (2002).

El término *copto* proviene del árabe *qibt,* que no es más que la forma abreviada de la palabra *aigyptios,* voz griega que derivaba a su vez del antiguo nombre de la ciudad de Memphis (Hwt-Ka-Ptah) y que los helenos utilizaron para designar a la población autóctona de Egipto. Es decir, ser copto era lo mismo que ser egipcio, al menos hasta la conquista árabe en el siglo VII, con la que se inició un proceso de conversión al islam por parte de los habitantes de la región.

Con la islamización de la población, la palabra *copto* terminó refiriéndose a los habitantes de Egipto que no hablaban la lengua árabe, es decir, a los cristianos. Hoy en día, los coptos son los fieles de la Iglesia copta ortodoxa, desvinculada de Constantinopla a partir del Concilio de Calcedonia en el año 451.

El *copto* es también la antigua lengua de esta comunidad religiosa, que se conserva únicamente como lengua litúrgica, puesto que a partir del siglo X comenzó a ser desplazada por el árabe. Heredero de la lengua de los faraones, dicho idioma representa el último estadio del egipcio antiguo; por ello, su conocimiento fue decisivo para que el pionero de la egiptología Jean-François Champollion lograse desvelar grandes misterios de la escritura jeroglífica, en 1822, con sus estudios acerca de la piedra de Rosetta.

Según el reputado coptólogo Gawdat Gabra, que dice apoyarse en «fuentes no oficiales», los coptos suman más de nueve millones y representan a la Iglesia más numerosa de Oriente Próximo. Son también la única comunidad cristiana antigua que ha perdurado en el norte de África desde sus orígenes, atribuidos a la labor evangélica del apóstol san Marcos. Este instauraría la Iglesia de Alejandría, de la cual reivindican sus orígenes tanto la Iglesia ortodoxa copta como la Iglesia ortodoxa oriental de Alejandría y la Iglesia católica copta.[1]

Los inicios de la Iglesia copta (o Iglesia ortodoxa copta) fueron trágicos. Conforme a la tradición copta y griega, su fundador, el apóstol san Marcos, murió

1 Massimo Capuani et ál. (2002). *Christian Egypt: Coptic Art and Monuments Through Two Millennia.* El Cairo: The American University in Cairo Press, p. 6.

mártir en el año 68 arrastrado con una soga atada al cuello por las calles de Alejandría. Lo cierto es que la comunidad sufrió persecuciones desde sus comienzos como tal, que fueron especialmente severas entre los años 303 y 311 por orden del emperador romano Diocleciano y sus sucesores. Esta década es recordada hoy como la Gran Persecución y, debido a la misma, el calendario copto, que venera a los mártires por encima de cualquier otro santo, fija el comienzo de su era en el año que Diocleciano asciende al trono, es decir, en el 284.

A pesar de las persecuciones —que en Egipto concretamente se extendieron hasta que en el año 313 se promulga el Edicto de Milán, firmado por los emperadores Constantino y Licinio—, el cristianismo siguió fortaleciéndose y terminó por convertirse en la religión oficial del imperio a finales de ese mismo siglo. Entonces los papeles se invirtieron y los cristianos comenzaron a perseguir a aquellos habitantes que, o bien practicaban ritos paganos, o bien no abrazaban la ortodoxia.

Las disputas en el propio seno de la Iglesia también se avivaron. Desde el siglo II, la actividad teológica fue importante. La famosa escuela catequística de Alejandría, conocida como la Didascalia, cuya fundación se atribuye al propio san Marcos, basó sus enseñanzas, bajo la dirección de insignes padres del cristianismo —como Panteno, Orígenes y Clemente Alejandrino, entre otros—, en la conciliación de razón y fe. Los fervientes debates teológicos que se dieron en ella resultaron en el surgimiento de dos grandes herejías, el arrianismo y el nestorianismo, que discutían la naturaleza exacta del Hijo y su relación con el Padre.

El arrianismo debe su nombre a Arrio, un sacerdote de la Iglesia de Alejandría con una cristología opuesta a la doctrina trinitaria homousiana. La controversia causada por sus enseñanzas y las de sus colegas afines desembocó en el primer concilio ecuménico, convocado en Nicea en el año 325 por el emperador Constantino I el Grande con el fin de acabar con las divisiones teológicas de la comunidad cristiana y de prevenir un debilitamiento del imperio debido a esta causa.

En el Concilio de Nicea, las ideas arrianas fueron consideradas oficialmente herejía y sus principales difundidores condenados al exilio. Atanasio I, patriarca de la Iglesia de Alejandría entre los años 326 y 373, fue uno de sus máximos opositores y jugó un papel muy importante en los debates de dicho primer concilio general. Sin embargo, el arrianismo fue reavivado por los emperadores que sucedieron a Constantino I y no pudo erradicarse verdaderamente en las provincias orientales hasta el reinado de Teodosio I, quien se opuso a él con dureza y convocó, en el año 381, el II Concilio Ecuménico de Constantinopla. En dicho encuentro, se renovó el credo niceno elaborado en el anterior concilio y se condenaron a la herejía otros movimientos preocupados por la naturaleza divina del Hijo y también del Espíritu Santo, como el macedonianismo y el apolinarismo.

A partir del Concilio de Constantinopla, las disputas cristológicas se centraron en la manera en que lo divino y lo humano se integraban en el Hijo; y en cuál sería, en consecuencia, el título que María debería recibir: Madre de Cristo o Madre de Dios. Los protagonistas de este nuevo litigio teológico fueron Nestorio, patriarca de Constantinopla, y Cirilo, patriarca de Alejandría.

En el año 431, el emperador Teodosio II convocó en Éfeso el III Concilio Ecuménico. En él, el patriarca Nestorio —que diferenciaba la naturaleza humana de Cristo de su naturaleza divina y creía que su relación se basaba en la «conjunción» y no en la «unión», como defendía en cambio Cirilo— fue depuesto, y el nestorianismo o difisismo fue declarado herejía. Sin embargo, las disputas sobre la relación entre la naturaleza humana y la divina de Cristo no llegaron a su fin y, en el año 451, desembocarían de nuevo en un concilio general, el IV Concilio Ecuménico de Calcedonia.

En el Concilio de Calcedonia, se produjo el cisma de los monofisitas, adeptos a las enseñanzas de Eutiques, un archimandrita de Constantinopla que había llevado las tesis de Cirilo I al extremo y sostenía que la naturaleza de Cristo era una sola y divina. Las disputas hundían sus raíces en las rivalidades políticas entre Roma, Alejandría y Constantinopla y terminaron en la condena de las enseñanzas de Eutiques, declaradas herejía, así como en la deposición y exilio del patriarca Dióscoro de Alejandría, quien era partidario de las mismas.

Las medidas tomadas en ese último concilio condujeron al primer gran cisma de la Iglesia, que se materializó al ser proclamado el patriarca Timoteo II de Alejandría, quien comenzó su mandato excomulgando al papa León y rechazando oficialmente el Concilio de Calcedonia, lo que dio lugar al nacimiento de la Iglesia copta. A partir de este momento y hasta la conquista árabe en el año 639, la Iglesia copta debió sortear la intermitente opresión de los emperadores bizantinos.

Durante estos primeros siglos de controversia, la Iglesia de Alejandría realizó importantes aportaciones a la conformación del cristianismo universal. Su papel en la fijación de las Sagradas Escrituras fue remarcable; sin embargo, implicaciones más importantes en la vida histórica y artística del cristianismo tuvo el movimiento monástico. Este nació en los desiertos egipcios en la primera mitad del siglo IV y alcanzó una rápida difusión, sembrando la geografía de la región de monasterios con cabida para uno, algunos o miles de monjes que quisieran dedicarse a la vida ascética.

El patriarca Atanasio de Alejandría fue un impulsor del movimiento al ordenar sacerdotes a muchos monjes e impregnar con él las jerarquías eclesiásticas, abriendo así un proceso de integración en la Iglesia. Durante su destierro en el desierto (356-361), conoció la vida monacal, que le llevó a escribir la biografía de Antonio Abad, considerado generalmente el verdadero fundador del monasticismo, puesto que fue el primer anacoreta en hacerse con una comunidad de discípulos y fijar una guía espiritual.

A lo largo del valle del Nilo, a ambas orillas, se instalaron numerosas comunidades monásticas formadas por hombres y mujeres que fueron adentrándose en los desiertos, levantando monasterios y ocupando antiguas tumbas faraónicas, que solían tener celdas adosadas para los sacerdotes paganos. Algunos destacados monjes se convirtieron en iconos e, incluso, encontraron un lugar al lado de los mártires en el rito de la eucaristía copta.

La fama de los padres y madres eremitas del desierto de Escete (Wadi el-Natrun), discípulos de san Macario el Grande, san Juan Colobos y san Bishoy,

se extendió y atrajo desde finales del siglo IV a peregrinos de Siria, Palestina, Etiopía, Mesopotamia, Asia Menor e, incluso, Irlanda, lo que imprimió en el movimiento un carácter intercultural. Notables mujeres, como Hilaria, la hija del emperador bizantino Flavio Zenón, entre otras, tomaron los hábitos y se retiraron al desierto de Escete.

Con la llegada de los árabes y la consecuente islamización gradual de la región, los monasterios jugaron un papel importante en la preservación de la cultura cristiana en Egipto. No solo se convirtieron en refugio de obispos y patriarcas en tiempos de persecución, del mismo modo que lo habían sido bajo dominio bizantino, sino que también se erigieron en garantes de la lengua y la literatura copta. Esto no impidió que, especialmente a partir del siglo XI, se diera asimismo una producción importante de tratados religiosos en árabe, fruto de una necesidad catequista debida a que el árabe ya había desplazado al copto en la sociedad egipcia.

Sin embargo, esta islamización y arabización no fue inmediata. Se cree que, hasta principios del siglo IX al menos, la mayoría de la población seguía siendo cristiana. Los Omeyas, recibidos en un principio como libertadores, no siguieron una política de conversión. Los cristianos bajo su gobierno se regían bajo el estatus de *dhimma,* que aseguraba la libertad de confesión a «las gentes del Libro», es decir, a judíos y a cristianos, pero les imponía algunas normas, como el pago de un impuesto y usar un distintivo confesional en su vestimenta, y también prohibiciones, como las de montar a caballo y portar armas.

A comienzos del siglo XI, la situación de los coptos empeoró drásticamente con las persecuciones del califa fatimí al-Hakim Bi Amr Illah. Durante las mismas, muchas iglesias fueron demolidas y numerosos cristianos se convirtieron al islam. Importantes persecuciones se produjeron de nuevo en el siglo XIV, y también produjeron una oleada de conversiones; sin embargo, durante esta y la siguiente centuria, la Iglesia copta vio nacer a importantes personalidades y santos, como al patriarca Mateo I, al lego Anba Ruways y a los monjes Marqus al-Antoni e Ibrahim al-Fani, entre otros.

Bajo un gobierno otomano que ya empezaba a debilitarse, cuando los egipcios comenzaron a ganar una cierta independencia de la Sublime Puerta, se produjo una revitalización de la Iglesia copta en Egipto y numerosos templos fueron reconstruidos y renovados. Durante la era napoleónica y británica, el movimiento renovador y reformista continuó y alcanzó su cénit en el marco de la Nahda o renacimiento cultural árabe, bajo el patriarcado de Cirilo IV entre 1854 y 1861. Este se preocupó por la educación religiosa y no religiosa de la comunidad copta, lo cual se manifestó en numerosas publicaciones catequistas y en la fundación de escuelas. Asimismo, el patriarca Cirilo IV se esforzó en devolverle a la Iglesia copta el esplendor de épocas primitivas fomentando el monasticismo.

El ímpetu renovador del papa Cirilo IV fue igualado en épocas recientes por el carismático Shenuda III, quien durante su patriarcado desde 1971 hasta su muerte en 2012 contribuyó en gran medida a la internacionalización de la Iglesia copta, estableciendo misiones en el extranjero y ordenando obispos en diócesis de

diferentes países. A pesar de todo, su proclamación ha coincidido con un deterioro paulatino de la situación de los coptos en Egipto, que hoy sigue siendo delicada.

En 1980, todavía bajo el gobierno del presidente Anwar al-Sadat, el Parlamento adoptó una enmienda constitucional por la cual la ley islámica o *sharia* se convertía en la fuente principal de legislación. Esta fue una manera de satisfacer las expectativas de los movimientos islamicos, que habían comenzado a cobrar importancia desde la década anterior apoyados en el descontento social y que indirectamente consolidaban el poder de Sadat al hacerse con el terreno de las propuestas marxistas. Por otro lado, las relaciones personales entre Sadat y el crítico patriarca Shenuda III no fueron buenas; y el presidente llegó incluso a deponerlo e imponerle, en 1981, arresto domiciliario en el monasterio de San Bishoy, en el desierto de Escete.

El patriarca Shenuda III pudo volver a sus funciones bajo el gobierno de Hosni Mubarak en 1985, quien intentó ponerle algo de freno al islamismo. Sin embargo, ello no ha impedido que, desde los años setenta hasta nuestros días, diversos altercados sangrientos hayan sacudido a la comunidad copta de Egipto.

Debido a su condición de minoría confesional, los coptos siguen siendo víctimas fáciles de la radicalización político-religiosa y de la inestabilidad social del país. La toma de conciencia de esta situación y la intención de aunar fuerzas, entre otras razones, llevó probablemente al patriarca Shenuda a iniciar un proceso de acercamiento al resto de las Iglesias presentes en Egipto —católicas, ortodoxas y protestantes— y al propio Vaticano. Su sucesor, el patriarca Teodoro II parece continuar esta línea de acción, como corroboran sus periódicos encuentros con los representantes de las Iglesias de Egipto y su visita al papa Francisco en 2013 —segunda entrevista entre un papa católico y un papa copto desde el Concilio de Calcedonia en el año 451, tras la de Shenuda III y Pablo VI en 1973—.

El inmenso patrimonio histórico y cultural de los coptos de Egipto se encuentra estrechamente ligado a su ferviente religiosidad cristiana, pero al mismo tiempo demuestra una enorme capacidad de adaptación y de apertura a la influencia de los pueblos que han dominado Egipto a lo largo de los tiempos. Por esta razón, sus manifestaciones artísticas, entre las que destacan la arquitectura y la pintura al fresco de sus templos, así como el trabajo textil, parecen desarrollarse en perfecta simbiosis con las artes bizantinas e islámicas.

Los iconos, por ejemplo, combinan motivos geométricos abstractos de influencia helenística con figuras antropomórficas y zoomórficas caracterizadas por su hieratismo y desproporción, influencia bizantina en el momento de mayor rivalidad entre las Iglesias de Alejandría y Constantinopla.

Con la llegada del islam en el siglo VII, se produce una comunión artística entre ambas culturas que se manifiesta en sus respectivos templos de oración. Así, numerosas mezquitas son obra de arquitectos coptos y los monasterios e iglesias de Egipto. La miniatura y la caligrafía son también expresiones de encuentro y simbiosis entre el arte copto y arte islámico.

En definitiva, la comunidad copta de Egipto ha luchado a lo largo de los siglos por preservar su profunda identidad cultural y religiosa, pero haciendo gala de un carácter intercultural, cuya máxima expresión se encuentra en el monasticismo.

Durante este último siglo, los estudios acerca de su vivo legado se han multiplicado. Instituciones como el Museo Copto de Egipcio, fundado en 1910, y el Instituto de Estudios Coptos, activo desde 1954, han impulsado la proyección internacional del arte copto y han fomentado la aparición de proyectos arqueológicos que continúan produciendo hallazgos hasta nuestros días y numerosas publicaciones.

Uno de estos últimos y más completos estudios pluridisciplinares sobre lo copto es *Coptic Civilization: Two Thousand Years of Christianity in Egypt,* que acaba de publicarse en el 2014 gracias a la Universidad Americana de El Cairo, pero que según explica el propio Gawdat Gabra en su prefacio comienza su andadura una década antes; no obstante, encontró varios obstáculos que postpusieron su publicación, como la falta de tiempo del propio editor, embarcado en numerosos proyectos, y la resistencia del gobierno de entonces al título de la obra.

Como su título indica, este libro repleto de fotografías en color de monumentos arquitectónicos, frescos, manuscritos, etc. pretende ofrecer una vista panorámica de la civilización copta y de sus expresiones culturales y artísticas desde los orígenes de la Iglesia copta hasta la mismísima actualidad. Numerosos especialistas en coptología de nacionalidades dispares y diferentes disciplinas colaboran en él para ofrecer, mediante sus aportaciones, una mirada especialmente completa en cuanto al espectro de temas y periodos tratados.

La mencionada obra organiza sus capítulos en áreas de interés: historia; teología, liturgia y música; lengua y literatura; arte, arqueología y cultura material; y el renacimiento de la Iglesia copta. La primera de ellas, mediante los estudios sobre historiografía (Samuel Moawad), historia de la Iglesia copta (Youhanna Nessim Youssef) y monasticismo (Mark Sheridan), provee al lector de conocimientos históricos básicos para comprender mejor el resto de la obra. Lo expuesto por estos dos últimos autores encuentra complemento en el último apartado, dedicado al renacimiento de la Iglesia copta y a su situación actual, en el que se exponen: la situación actual de la Iglesia copta (Nelly van Doorn-Harder) tras los renovadores patriarcados que se han venido dando desde finales del siglo XIX, el surgimiento del arte copto contemporáneo (Monica René) o arte neocopto y la civilización copta en la diáspora (Saad Michael Saad).

Las áreas destinadas a los aspectos teológicos, lingüístico-literarios y artísticos comprenden un mayor número de colaboraciones. Aquellas que abordan destacados temas de la coptología resultan de lectura obligada; es decir, aquellos artículos sobre gnosticismo y maniqueísmo (Marvin Meyer), literatura copta y copto-árabe (Hani N. Takla y Mark N. Swanson respectivamente), arquitectura cristiana (Peter Grossmann) y su decoración (Gertrud J. M. van Loon), y sobre el arte textil postfaraónico (Cäcilia Fluck y Gisela Helmecke).

Asimismo, hay que destacar, por ser temas menos abordados en los trabajos sobre historia y arte copto, los artículos dedicados a la cultura musical copta (Magdalena Kuhn), a la magia en el Egipto antiguo y medieval (Jacques van der Vliet), a los documentos que dan cuenta de la vida doméstica de los antiguos coptos (Tonio Sebastian Richter), y a los objetos de su vida cotidiana (Dominique Bénazeth).

En resumen, *Coptic Civilization: Two Thousand Years of Christianity in Egypt* no solo ofrece una visión completa y muy actualizada de la comunidad copta egipcia y de su expresión religiosa, cultural y artística, sino que también se trata de una obra rigurosamente académica y de remarcable calidad estética en cuanto a su edición.

De similar belleza es el libro que publica también la Universidad Americana de El Cairo, *Christian Egypt: Coptic Art and Monuments Through Two Millenia,* repleto de fotografías en color de monumentos arqueológicos coptos y de sus ornamentos y planos. La obra, como ya se ha dicho, está asimismo editada y prologada por el profesor Gawdat Gabra. En realidad, se trata de la versión inglesa de *Egitto copto,* publicada en 1999 por la editorial Jaca Book de Milán y elaborada por Massimo Capuani, como autor principal, y Otto F. A. Meinardus y Marie-Hélène Rutschowscaya, como colaboradores.

Se trata esta de una obra enciclopédica que describe con detalle un elevado número de monumentos arquitectónicos cristianos a lo ancho y largo de la geografía egipcia. El primer capítulo, elaborado por Otto F. A. Meinardus, prolífico especialista alemán en coptología fallecido en 2005, ofrece una excelente introducción histórica de la Iglesia copta desde sus orígenes hasta la actualidad que brilla por su concisión. De esta manera, se prepara al lector para afrontar el resto de la obra con capacidad de contextualización.

Tras la introducción histórica de Meinardus, Marie-Helène Rutschowscaya, antigua responsable de la sección copta del Museo del Louvre en París, ofrece un resumen del arte pictórico copto sobre diferentes soportes (muros, madera, iconos, manuscritos y tela), acompañado de numerosas fotografías que ilustran cada explicación.

Estos dos primeros capítulos cumplen una función introductoria junto con el siguiente trabajo, ya elaborado por el arquitecto especialista en templos cristianos orientales Massimo Capuani. Este está dedicado a la evolución de la tipología arquitectónica de los templos coptos de Egipto. Se trata este de un muy breve artículo que expone esquemáticamente las características principales de la planta de cada tipo de iglesia y el periodo en el que se construyen sus principales ejemplos.

El resto de la obra, que conforma la inmensa mayor parte del libro y se debe asimismo a Capuani, clasifica por regiones un gran número de iglesias y monasterios y describe con detalle cada uno de ellos, ofreciendo explicaciones sobre los elementos ornamentales conservados, pero centrándose sobre todo en los aspectos arquitectónicos. Cada apartado de este amplio capítulo dedicado a las áreas y regiones geográficas de estudio comprende una región, se encuentra encabezado con un mapa esquemático de la misma y es acompañado de numerosas fotos en blanco y negro y en color de las fachadas, los interiores y los ornamentos de cada templo.

En resumen, *Christian Egypt: Coptic Art and Monuments Through Two Millenia* y *Coptic Civilization: Two Thousand Years of Christianity in Egypt* recogen efectivamente dos milenios de saber, pero logran transmitir una sensación de amenidad rara en las obras de este género, que se logra sin duda gracias a la claridad expositiva y concisión de sus autores, especialistas en coptología de alto nivel. Ambas obras ofrecen también un listado bibliográfico; aquel incluido en la segunda de ellas, *Coptic Civilization: Two*

Thousand Years of Christianity in Egypt, es muy prolijo y de verdadero valor para el lector especialista. En definitiva, tanto una como otra son trabajos de carácter enciclopédico que recogen información detallada sin excluir, sin embargo, que el lector aficionado y el viajero consciente vayan a disfrutar con total seguridad de su lectura.

Victoria Khraiche Ruiz-Zorrilla, Doctora en Estudios Semíticos por la Universidad Complutense de Madrid.